

José Deleito y Piñuela

El rey se divierte



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1988
Segunda edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Diego Velázquez: *Retrato de Felipe IV* (detalle). Museo del Prado, Madrid.
© AGE Fotostock / Josse
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Herederos de José Deleito y Piñuela
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-745-1
Depósito legal: M. 30.211-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Primera parte: Felipe IV en la intimidad y sus familiares

- 15 I. El rey
- 15 1. Felipe IV antes de subir al trono
- 19 2. La vida particular de Felipe IV
- 22 3. Devaneos reales
- 27 4. Anécdotas sobre el libertinaje del monarca
- 32 5. Amores de Felipe IV y «la Calderona»
- 37 6. La devoción del rey: el influjo de sor María de Ágreda

- 44 II. Los hermanos de Felipe IV
- 45 7. La infanta doña María
- 52 8. Los infantes don Carlos y don Fernando

- 58 III. La reina Isabel y sus hijos
- 58 9. Isabel de Borbón
- 61 10. Intervención de doña Isabel en la vida pública
- 64 11. Muerte de la reina Isabel
- 69 12. Los hijos del primer matrimonio de Felipe IV
- 71 13. El príncipe Baltasar Carlos

77	IV. La reina Mariana y sus vástagos
77	14. Preparativos de la segunda boda del rey. Viaje de Mariana de Austria
81	15. Doña Mariana en España: su matrimonio
84	16. Retrato físico y moral de la nueva soberana
87	17. Doña Mariana, reina consorte
93	18. Hijos del segundo matrimonio de Felipe IV
98	19. El nacimiento y los primeros años del futuro Carlos II
103	V. Los hijos del amor
103	20. Los bastardos reales
106	21. Don Juan de Austria. Su crianza y sus primeros años
109	22. La actuación de don Juan durante el reinado de su padre

Segunda parte: La vida palatina

117	23. El Alcázar viejo y sus reformas
119	24. Aspecto del Alcázar
123	25. El Alcázar por dentro
128	26. La etiqueta de Palacio
131	27. Guardias regias
134	28. La servidumbre del monarca
137	29. La servidumbre de las personas reales y el servicio de aposento
140	30. Velázquez, dependiente de Palacio
145	31. Bufones, idiotas y monstruos
155	32. El «oficio de la mesa»
158	33. La mesa de Palacio

162	34. Las comidas reales y las recetas culinarias del cocinero Fernández Montño
168	35. Crisis de pobreza y ahorro en la Real Casa: su presupuesto de gastos
173	36. Una Academia de improvisación poética en Palacio
177	37. Felipe IV y el teatro
178	38. Las comedias palatinas: chocarrerías escénicas
184	39. Galanteos palaciegos
188	40. Reales audiencias y recepciones
190	41. Grandes ceremonias de corte: exequias soberanas

Tercera parte: Fiestas cortesanas en Madrid

197	I. Las fiestas durante el primer matrimonio del rey
197	42. Solemnidades inaugurales del reinado
200	43. Villamediana e Isabel de Borbón. Una comedia de espectáculo y un espectáculo que parece de comedia
204	44. «Picar alto». «Amores reales»
206	45. El asesinato de Villamediana
210	46. «Mentidero de Madrid, decidnos: ¿quién mató al conde?»
218	47. Nuevas diversiones en 1622 y 1623
220	48. Agasajos al príncipe de Gales
228	49. Otros festejos desde 1623 a 1638
235	II. El Buen Retiro y sus fiestas
235	50. Origen del Buen Retiro: el Gallinero; impopularidad de las obras

240	51. La construcción del Real Sitio: el palacio y el Salón de Reinos
247	52. El parque
252	53. Los primeros festejos
255	54. Los espectáculos de 1637
264	55. Nuevas diversiones: los «elementos» contra el Buen Retiro
266	56. El coliseo regio y sus representaciones
273	57. Farsas acuáticas
277	III. Las fiestas bajo el segundo matrimonio de Felipe IV
277	58. Celebración del enlace de Felipe IV con Mariana de Austria
281	59. Regocijos por el nacimiento del príncipe Felipe Próspero
285	60. Conmemoración de la Paz de los Pirineos
287	61. Festejos por el natalicio de Carlos II

Cuarta Parte: Viajes y Sitios Reales

295	I. Residencias regias
295	62. Los lugares del real patrimonio: su régimen
301	63. La Casa de Campo, El Pardo y la Zarzuela
307	64. El Escorial: construcción del Panteón de Reyes
312	65. Traslación de los cuerpos reales al nuevo panteón de El Escorial
314	66. Aranjuez visto por los extranjeros
319	67. Las cacerías reales
325	68. Proezas venatorias de Felipe IV

Índice

332	II. Fiestas reales en provincias
332	69. Balance general de festejos
335	70. Un viaje accidentado: Felipe IV en Andalucía
341	71. El rey en Sevilla
346	72. Un duque espléndido: las bodas de Camacho en el soto de Doñana
352	73. Fin del viaje a Andalucía
356	74. Excursiones del rey a los países de la Corona de Aragón en 1626
359	75. Otros viajes reales por la España oriental
362	76. Expedición regia a la frontera de Francia (1660)
365	77. Fiestas por la boda de la infanta María Teresa
370	78. El retorno del rey a Madrid
372	79. Los últimos momentos de Felipe IV
376	80. Muerte y exequias del monarca
382	Conclusión
385	Notas

Primera parte

Felipe IV en la intimidad
y sus familiares

I. El rey

1. Felipe IV antes de subir al trono

Nació Felipe IV en el Palacio Real de Valladolid –donde su padre, Felipe III, tenía la corte de la Monarquía española– el 8 de abril de 1605. Como primer hijo varón de los monarcas y heredero de sus dilatados dominios, su nacimiento se acogió con inmenso júbilo, no sólo por la Real familia y los cortesanos, sino por el buen pueblo, que veneraba aún a sus reyes sólo un punto menos que a Dios y a los santos, y veía con el recién nacido asegurada la sucesión varonil en el trono.

Valladolid, como si quisiera despedirse de sus funciones de corte, de las cuales la había despojado Felipe II pocos años atrás, y que el propio Felipe III la quitaría definitivamente un año después, «echó la casa por la ventana», como suele decirse, para festejar el nacimiento del regio vástago.

Se organizaron fiestas suntuosas, que no es ocasión de describir aquí, para celebrar su nacimiento y su bautismo; y la satisfacción general fue tan grande, que, según un cronista¹, hasta las campanas de la iglesia de San Benito «se deshicieron en lágrimas, por un acceso de alegría». Esto, en buen romance, quiere decir que derritió su bronce un incendio casual, utilizado por la adulación cortesana como elemento cooperante de los públicos regocijos.

Con pompa no menor fue el niño Felipe jurado y reconocido como heredero de la Corona en la iglesia de San Jerónimo, de Madrid, dedicada después siempre a tal ceremonia, el 13 de enero de 1608, cuando no había cumplido aún los tres años. Sólo contaba seis cuando perdió a su madre, la piadosa reina Margarita de Austria, siendo confiada su educación al cuidado de eclesiásticos, cuyas austeras enseñanzas, aunque hicieron del niño un creyente fervoroso, como todos los Austrias, no lograron adormecer ni reprimir en él los impulsos de una naturaleza sensual y gozadora, que, con los primeros hervores de la adolescencia, cabalgó sin freno por todos los campos del deleite, al impulso de pasiones desbordadas.

En su primera niñez, transcurrida casi toda ella en el triste Alcázar de Madrid, el rigor y la severidad de las prácticas devotas y las visitas a monasterios sólo estaban alegrados por la declamación de versos o por representaciones de comedias, de tema y traza no escabrosos, que le permitían sus preceptores en las habitaciones del Real Palacio, y a lo que se aplicaba el joven príncipe con el mayor gozo, recitando o representando él mismo, incluso en fiestas preparadas *ad hoc* ante la Real Familia, con otros jóvenes de las más nobles casas.

Así surgió el afán de Felipe por la poesía y el teatro, al que habremos de referirnos con más espacio en otro lugar.

Razones políticas para acercar a las siempre desavenidas casas reinantes en España y Francia determinaron su aproximación por un doble matrimonio: el del joven rey francés Luis XIII con la infanta española Ana de Austria, hija del rey español Felipe III, y la boda del hermano de ella y príncipe de Asturias con Isabel de Borbón, hija primogénita del fallecido Enrique IV de Francia y de su mujer María de Médicis.

Las capitulaciones de este doble enlace se firmaron en 1612, cuando el futuro Felipe IV contaba siete años, y las bodas efectuáronse con suntuosidad y lujo el 18 de octubre de 1615, aunque, por desgracia para nuestro país, la fusión de las dos dinastías por lazos matrimoniales no logró poner término a la guerra tradicional entre ambos Estados.

Seguía siendo un niño el precozmente casado príncipe de Asturias, pues sólo contaba poco más de diez años, y su infantil esposa tenía doce. Pomposamente había sido entregada en la raya del Bidasoa por la comitiva francesa que presidía el duque de Guisa al séquito español, del que era presidente el duque de Uceda, a cambio de la infanta española. A recibirla habían acudido a Burgos Felipe III y su hijo, el cual cuentan que quedó prendado de la belleza de la que iba a ser su esposa.

Aun realizada la ceremonia oficial del matrimonio, no pudo éste consumarse *in facto* por la tierna edad de los contrayentes, si bien como princesa de Asturias fue instalada la gentil francesita en el palacio de Madrid.

En aquel viaje al norte de España, el joven y ambicioso don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, a fuerza de lucir un boato superior al que correspondía a su fortuna, atrajo la atención del rey y la del príncipe, logrando ser nombrado gentilhombre de cámara de este último. Y aunque al principio una cierta aspereza autoritaria hacía que el futuro valido no inspirase a su infantil señor una gran simpatía, pronto logró aquél enseñorearse de su voluntad, predisponerle contra los ministros de su padre e iniciarle en ciertos manejos cortesanos. Rumores públicos propalaban que utilizó su cargo también como mentor para ilustrar al adolescente en lo que más grato pudiera ser al despertar de sus sentidos. Por sus cuidados y gestiones se acordó, en 1620, que el príncipe, a los quince años y medio de edad, comenzase a hacer vida marital con la linda Isabel, de diecisiete, instalándose a tal efecto la feliz pareja en el palacio de El Pardo, para gozar de las primicias de su himeneo, en 25 de noviembre de aquel año mismo.

Pocos meses después, el 31 de marzo de 1621, los achaques del monarca Felipe III, ya que no sus años, pues no pasaba de cuarenta, le llevaron a la tumba, casi en olor de santidad, pero afligidísimo por la miseria, la ruina y la corrupción a que habían llevado a España su debilidad y la torpeza y artes rapaces de sus favoritos.

El día anterior a su muerte llamó al príncipe y a los infantes para despedirse de ellos, diciéndoles: «Os he llamado para que veáis en lo que fenece todo». Aconsejó a su primogénito que respetara y protegiera siempre la religión católica, que velase por el bienestar de sus vasallos y otras exhortaciones llenas de buenos deseos.

2. La vida particular de Felipe IV

No había fallecido aún el soberano, y el Alcázar era un hervidero de intrigas entre la pandilla afecta al duque de Uceda, que venía ejerciendo la privanza y temía verla desaparecer, y el consejero del príncipe, conde de Olivares, que se aprestaba a recoger la herencia del mando y tomaba ya aires de primer ministro.

El 31 de marzo, a las nueve de la mañana, cuando el príncipe reposaba en el lecho, su confesor, el dominico Sotomayor, entró en su estancia y, arrodillándose a sus pies, le saludó con el nombre de Felipe IV.

Su padre acababa de sucumbir, y su reinado comenzaba.

2. La vida particular de Felipe IV

La vida pública de Felipe IV desde que ciñó la corona, y sus malandanzas de gobernante, no son de este lugar². Su vida privada será objeto de mi atención ahora.

No vivió aquel rey de manera idéntica, ni era posible, durante todo su largo reinado de cuarenta y cuatro años. No podía ser igual en él la inexperta, alocada y frívola mocedad en que ciñó la corona que la ancianidad precoz, cargada de amarguras, desengaños, remordimientos y golpes rudísimos, como hombre y como rey, bajo cuya pesadumbre bajó prematuramente al sepulcro.

En la primera mitad de su reinado –correspondiente a su juventud y al tiempo en que ejercía su privanza el conde-duque de Olivares– el cuarto Felipe vivió en un vértigo de espectáculos, fiestas bulliciosas, comedias, deportes, cacerías y aventuras amorosas, atendiendo sólo esporádicamente a los negocios del Estado. En sus años

postreros (a partir de la caída del Conde-Duque, coincidente con las revoluciones interiores y las crisis penosas de la Monarquía) Felipe IV sintió el aldabonazo de la realidad, y cambió no poco de vida, hasta donde él podía hacerlo, prestando menos atención a sus placeres y más a sus obligaciones de soberano.

Pero su nativa indolencia, su voluntad débil y oscilante, su sensualidad incorregible, hacíanle volver a las andadas de modo harto frecuente, y considerarse como un prisionero en el papel de rey, al que, sin aptitudes para su espinoso ejercicio, le había llamado la ley de herencia.

Prisionero fue siempre de aquella férrea etiqueta austríaca, que regulaba los actos ostensibles del soberano, y, aunque su natural bullicioso y gozador se expansionara en fiestas y devaneos, ante el público supo conservar siempre la gravedad y el acompasado ritmo en que entonces estribaba el decoro de la realeza.

Los viajeros franceses que le conocieron cuando había dejado de ser joven nos pintan su vida retirada y metódica.

Según el abate Bertaut (que estuvo en nuestra corte por el año de 1659),

al rey no se le ve sino por audiencias, que da a todos los particulares que se las piden, especialmente un día de la semana, en que acuden a una sala a propósito para eso; y cuando va a Capilla o a dar audiencia a algún embajador... El resto del tiempo está encerrado en su Palacio³.

Y otro coetáneo galo, Antoine de Brunel, que nos visitó en 1655, y conoció a Felipe IV en su preocupada madurez, describe su vida habitual de esta suerte:

2. La vida particular de Felipe IV

No hay príncipe que viva como el rey de España: todas sus acciones y todas sus ocupaciones son siempre las mismas, y marcha con paso tan igual, que, día por día, sabe lo que hará toda su vida. Diríase que hay alguna ley que le obligue a no dejar jamás de hacer lo que tiene por costumbre. Así, las semanas, los meses, los años y todas las partes del día no traen cambio alguno a su régimen de vida, ni le hacen ver nada nuevo; pues, al levantarse, según el día que es, sabe qué asuntos debe tratar y qué placeres gustar. Tiene sus horas para la audiencia extranjera y del país, y para firmar cuanto concierne al despacho de sus asuntos y al empleo de su dinero, para oír misa y para tomar sus comidas; y me han asegurado que, ocurra lo que ocurra, permanece fijo en este modo de obrar. Todos los sábados va a una iglesia que está al final del Prado viejo, llamada de Atocha, a cuya Virgen tiene particular devoción, diciendo que ha recibido de ella grandes favores y socorros maravillosos en sus mayores adversidades... Todos los años va por el mismo tiempo a sus casas de recreo, y dicese que sólo una enfermedad puede impedirle retirarse a Aranjuez, a El Pardo o a El Escorial en los meses que acostumbra a gozar el aire del campo. En fin, los que me han hablado de su humor me dicen que corresponde a su rostro y a su porte. Usa de tanta gravedad, que anda y se conduce con el aire de una estatua animada. Los que se le acercan aseguran que, cuando le han hablado, no le han visto jamás cambiar de asiento ni de postura; que los recibía, los escuchaba y los respondía con el mismo semblante, no habiendo en su cuerpo nada movable sino los labios y la lengua⁴.

Ya veremos a continuación, estudiando los flacos humanos de aquel monarca de dos mundos, que bajo su ca-

rátula rígida y solemne, única ofrecida a ojos profanos, había una naturaleza inquieta, vibrante y apasionada.

3. Devaneos reales

La fama de Felipe IV como rey mujeriego, enamorado y libertino ha llegado a ser relativamente popular. El «Rey galante» se le llama, como a Francisco I de Francia y a otros grandes amadores coronados.

Tuvo, en verdad, Felipe IV instintos de polígamo sultán, a los cuales dio rienda suelta en su juventud, y que, aun en su madurez, cuando, preocupado por temores religiosos, quería ponerles freno, podían más que su voluntad y le arrastraban a la disipación, a pesar suyo. Toda clase de mujeres eran buenas para su erótico deporte: doncellas, casadas y viudas, altas damas, sirvientas de palacio, burguesas, actrices, menestralas y hasta «tusonas» y «cantoneras», como entonces se decía a las que hacían tráfico profesional de su cuerpo. Desde el Alcázar a la mancebía, pasando por el corral de comedias, no había fronteras para sus ardores; pero sus preferencias iban más a las mujeres humildes que a las linajudas.

El viajero francés Brunel escribía en 1655:

El desarreglo de este príncipe duró mucho tiempo, y fue tal, que le hacía caer lo mismo sobre la meretriz más tirada que sobre la más reservada dama. Por eso los males que siguieron a ese desbordamiento no respetaron su persona, y sufrió la mayor parte de los que convierten en larga amargura el placer de un momento⁵.

La voz pública acusó al rey de llevar sus pasiones hasta a lugares santos, sin detenerse ante la profanación de alguna virgen consagrada a Cristo.

Las hablillas del pueblo y las sátiras anónimas de los poetas culpaban al Conde-Duque de haber estimulado la inclinación del monarca a los amoríos desde que, casi adolescente, ciñó la corona, para cautivar mejor su voluntad, y le achacaban una personal intervención en los pasatiempos amorosos del soberano, como intervenía en todos sus actos, desde por la mañana, que le presentaba la camisa al levantarse, hasta que, de noche, le dejaba acostado y corría las cortinas de su lecho. A tal papel, no muy honroso, en verdad, atribuíase generalmente, tanto y más que a su omnipotencia política, el desvío y desafecto que la reina Isabel, conocedora de tales artimañas, mostró desde el primer momento hacia el privado.

Los diplomáticos y visitantes extranjeros hicieron eco de tales rumores. El inglés Hopton, refiriéndose a Olivares en los días de la fundación del Buen Retiro, escribía:

La reina le ha deslizado también una alusión, donde traslucía la impresión que siente con motivo de ciertos placeres secretos que él procura a Felipe⁶.

El viajero francés Brunel, de los más verídicos y más ampliamente informados, también imputa al Conde-Duque el haber inclinado al rey a la vida licenciosa y al desacuerdo con la reina Isabel, y añade con un «se dice» el gravísimo rumor de que le comprometió gradualmente en la secta de los «alumbrados», herejía muy en boga por

entonces que fomentaba la sensualidad con disfraces de seudomisticismo⁷.

Tales notoriedad y escándalo alcanzaron los devaneos del monarca, que en el primer año de su reinado, en 1621, un eclesiástico de gran virtud, austeridad y celo por el prestigio de la Corona, el prelado don Garcerán Albanel, ayo que fue de Felipe y arzobispo de Granada, con entereza muy adecuada a un pastor de cristiana grey, se atrevió a escribir al Conde-Duque unos párrafos:

Suplícole cuanto me es posible que evite las salidas del Rey de noche y que mire la mucha parte de culpa que le dan las gentes en ellas, pues publican que le acompaña y que se las aconseja, de lo cual se afligen con razón... En realidad, ese gusto no es bueno, aunque se tome por entretenimiento, por las muchas circunstancias que le hacen dañoso, y por la libertad que se toman los vasallos para hablar y reconocer algunas cosas que contradicen al decoro de un monarca... V. E. considere bien que ha de dar cuenta a Dios de lo que al rey aconseje..., asegurándole que, si complace a S. M. en cosas poco lícitas, correrán riesgo el alma y el Estado.

El Conde-Duque replicó con un comedimiento no libre de amenazas, negando las imputaciones de su sucesor y aconsejándole no mezclarse en lo que no era de su incumbencia⁸.

El primer amor extralegal de Felipe IV, conocido, parece que fue la hija del conde de Chirel, dama de afamada beldad, allá hacia 1625, cuando el rey frisaba en los veinte años, aunque antes comenzaran sus fugaces aventuras.

Como su familia era de ilustre prosapia, emparentada con el almirante de Castilla, para facilitar aquella relación se alejó de la corte al padre de la joven (que era casi una niña), dándole mando en las galeras de Italia. La madre sí fue sabedora del suceso. Coronamiento natural de él fue que naciese al siguiente año un vástago, el primero de los bastardos reales, al que se llamó don Fernando Francisco de Austria, y que falleció prematuramente.

No tardó en seguirle a la tumba su desgraciada madre, cuya casa, con el nombre de la Concepción Real, fue transformada en convento y entregada por el rey a las religiosas Calatravas, que carecían de acomodo conveniente, y no es sino el edificio religioso que con tal nombre se conserva aún en Madrid en la calle de Alcalá.

Cuando las monjas hicieron su traslado, corrió por los mentideros una graciosa, aunque desenfadada décima, de autor anónimo, que decía así:

Caminante, esta que ves
casa, no es quien ser solía;
hízola el rey *mancebía*⁹
para convento después.
Lo que un tiempo fue y lo que es,
aunque con roja señal
y título en el umbral,
ella lo dice y enseña,
que casa en que el rey empreña
es la Concepción Real.

Algunos narradores extranjeros¹⁰ incluyen entre las conquistas del rey a la aventurera duquesa de Chevreuse,